

PUBLICACION QUINCENAL



GRATIS PARA LOS SOCIOS

LAURAC-BAT

REVISTA DE LA SOCIEDAD VASCONGADA DE MONTEVIDEO

OFICINA CENTRAL

DE LA SOCIEDAD «LAURAC-BAT» DE MONTEVIDEO CALLE DEL NORTE N.º 19 (PLAZA INDEPENDENCIA).

Ofrece sus servicios desinteresados á los señores socios corresponsales en el exterior, socios agentes en los diferentes departamentos y pueblos de este país, y á todos sus hermanos, los hijos de la gran familia vasco-navarra, donde quiera que se hallen establecidos ó domiciliados, en cuantos datos, conocimientos, diligencias y gestiones necesiten, sea en la Capital ó en el interior de la República, en la seguridad de que se hará un deber en servir gratuitamente y con el mayor celo y actividad.

La oficina facilita tambien á los inmigrantes recién llegados, pasajes gratis, concedidos por el Superior Gobierno, para todos los puertos del litoral del Uruguay, como así mismo para los pueblos del interior, por la vía férrea hasta el Durazno.

LA GERENCIA.

LAURAC-BAT

Montevideo, 30 de Octubre de 1880

Nuevos irrefragables testimonios de la riqueza aurífera de Cuñapirú

Tenemos en nuestro poder la estimable y atenta carta que se ha servido dirigirnos desde aquella region minerológica, nuestro honrado y laborioso compatriota don Bautista Gabilondo, sobre una excelente piedra de cuarzo aurífero, hallada por su hermano José María, en un lavadero de pepitas de oro, entre Cuñapirú y Corrales.

El hallazgo de ese rico mineral ha llamado sobre manera la atencion de aquellos habitantes, concurriendo gran número de personas al domicilio de los hermanos Gabilondo á enterarse y dar testimonio por sus propios ojos del valor de aquel tesoro desprendido de algun filon aurífero arrastrado por las aguas del arroyo de esa nueva California ó Sierra Nevada.

Segun la carta citada que tenemos á la vista, la piedra ó cuarzo mineral hallado por José María Gabilondo es de el volumen de un huevo de pato poco mas ó menos, y su peso 129 gramos; al lado de dicha piedra se encontró tambien una pepita de oro puro de 9 gramos de peso.

La opinion de personas competentes en la materia, calculan, que de las cuatro partes, contendrá 3 de oro puro, lo que significa de una manera indudable la inmensa riqueza oculta en las entrañas de la tierra, en aquella rica é importante zona de la República.

Entre las personas que concurrieron á casa de Gabilondo con el objeto de cerciorarse del valor de aquella preciosa piedra, se hallaba el señor Ingeniero Huert director de la Compañía Francesa en Cuñapirú, quien parece haber dado grande importancia al examinar aquel mineral, manifestando á su dueño el deseo de adquirirlo invitándole á que le pudiese precio; mas habiéndole contestado que por el momento no pensaba desahacerse de él, le pidió la preferencia en todo caso.

Los hermanos Gabilondo, son unos honrados trabajadores que fecundau la tierra Uruguaya con el sudor de su rostro; se ocupan actualmente en la fabricacion de cal para las obras que se construyen en aquel destino.

Estamos autorizados para decir que si hubiese alguna empresa ó individuo que quisiese descubrir la beta ó filon aurífero que debe hallarse inmediata á donde ha sido encontrada la piedra referida, los hermanos Gabilondo no tendrian inconveniente en dar todas las explicaciones y datos que pudiesen servir de guia para descubrirla, siempre que quedasen ambos hermanos interesados en el negocio. Esta nueva prueba de la riqueza aurí-

fera de aquella comarca, hallada por los hermanos Gabilondo, no deja duda alguna de los inmensos y prodigiosos tesoros que contiene aquella region privilegiada.

A nuestro humilde juicio no está lejano el día en que aquel distrito mineral sea un foco importantísimo de riqueza, convirtiendo al departamento de Tacuarembó en uno de los mas florecientes de la República, por el desenvolvimiento de sus ricos minerales.

Felicitemos al país por este nuevo descubrimiento y produccion de su riqueza mineral, y á la vez á nuestro compatriota Gabilondo.

J. U.

Pamplona 1.º de Setiembre de 1880
Sr. D. José de Umanan Presidente de la Sociedad «Laurac-Bat.»

Montevideo.

Muy señor mio y de mi particular consideracion: Lei á su tiempo con placer y sumo interés la refutacion luminosa y razonada del Sr. Aramendi inserta en el «Laurac-Bat.» de 30 de Marzo de este año corriente, en justa vindicacion ó defensa de las venerandas y sabias instituciones forales de las Provincias Vascongadas; pues solo quien tenga conocimiento del contenido del Jurado especial de Paris de 1861 podrá convenserse con plena demostracion, que hombres científicos y eminentes Estadistas de diferentes Nacionalidades, las juzgaron y colocaron entre las leyes mas sabias y de mayor antigüedad para el mejor gobierno y bienestar de las Provincias Vascas.

Por esto, indudablemente, que el resultado del informe del citado Jurado de Paris referente á las instituciones Vascoforales, desde aquella época, fueron objeto de admiracion y estudio entre los sabios y personas ilustradas.

Al efecto, basta recordar, que en una conferencia religiosa predicada en Santa Genoveva de Paris, en Enero de 1867, ante Prelados muy respetables y un concurso numeroso, dijo el orador sagrado, hablando del hogar doméstico, que fué el tema de la conferencia: «La familia forma con la tierra que la sustenta y alimenta lazos, que no deben romperse en cada generacion; es el lugar doméstico su punto central, y tiene toda la dignidad de un santuario.» Devolvamos al hogar doméstico, con que es honrado por los pueblos virtuosos y libres sí, como libres bajo el techo doméstico, como respetuosos con la Autoridad. Los vascones escribieron en sus Fueros allende de los Pirineos este uso magnífico.—Ninguna fuerza pública puede aproximarse al domicilio de un vizcaíno á mas de nueve pasos de distancia»

En otra de las conferencias de Enero de 1863, cuyo tema fué La Civilizacion, y ante el señor Arzobispo de Paris y grande concurso decia, pues, el mismo Orador:

«La ley de la familia y la del trabajo, hacen comprar sus gozes á precio de muchos sacrificios, y no podia por mucho tiempo someterse á ellos el hombre, sin someterse á los auxilios de la Religion.

Pláceme los hechos, sobre todo, cuando unen la poesía, la moral y la utilidad. Si lo permitis, pues, invocaré de nuevo el ejemplo de ese pueblo pequeño y de otros de igual clase. Merced á un sistema de viviendas aisladas; merced á sus seculares libertades, mas amplias y practicas, que nuestras libertades modernas. Merced sobre todo, á sus tradiciones morales y religiosas.

Los vascones siempre ofrecieron el raro espectáculo de un pueblo contento y gozoso, á pesar de ocupar un país montuoso poco favorable al cultivo.

Es tan grande la seguridad en aquel país, que los animales y los frutos pueden permanecer en los campos sin temor de ser robados; por que, con tanta propiedad se ha dicho, los guarda el septimo mandamiento de Dios.

Lo espuesto y mucho más que pudiera decirse, cede en honor y crédito de los buenos usos y costumbre de los antiguos y valientes vascones, cuya mayor parte constituian sus venerandas prescripciones, siendo comprendida entre ellos

Navarra, como region principal de la antigua Vasconia, y cuyos fueros fundamentales estan en contacto y armonia con los de las tres provincias hermanas.

En tanto, queda de V. reiterándole sus servicios y distinguida consideracion, su afmo. y S. S. Q. B. S. M.

El Corresponsal.

ESTEBAN O'BANOS.

Euskal-erria y las libertades públicas

Cual desmantelada nave flota en el Océano á merced del temporal, sin que el pobre marino pueda hacer uso del timon ni marcar su derrotero por medio de la brújula; vemos fluctuar al pueblo español, sosteniendo cruenta lucha con ese enbravecido mar que se llama «la política» cuyas encrespadas olas han causado y causan estragos tales, que el alma se estremece al solo recordarlos.

Luchan los pobres marineros que son los pueblos, contra ese oleaje de color indefinido, pero sus esfuerzos son estériles por que les falta la cohesion; mientras una parte rema para adelante, la otra sigue para atrás, y cuando al fin se lleuos de fatiga y estenuacion, se entregan todos á merced del timonel, quien aprovechando el letargo producido por el cansancio y el narcótico de la falsa esperanza, los ata de pies y manos para disponer de ellos como de esclavos de su propiedad.

Asi vemos que período tras período, siguen diversos personajes ó círculos políticos imponiendo su férrea voluntad á los pueblos que han tenido la candidez de creer en sus falsas promesas, y la debilidad de destrozarse mutuamente sacrificados por falsos ídolos, quienes les engañan continuamente para mejor sorprenderlos cuando llegue la ocasion.

Grave y alarmante es la situacion á que esos vampiros han conducido al noble valiente pueblo español. Quien hoy se halla con el tesoro exhausto, el crédito estinguido, la industria muerta, y el pueblo aniquilado, vejado y oprimido.

Cataluña; la industrial y fabril Cataluña, sigue luchando como el enfermo febricitante, con la esperanza de una crisis favorable que le permita reaccionar, para expulsar de su seno el grave mal que le atormenta, que no es otro que los «impuestos y contribuciones» que los mandones le han impuesto.

Galicia; la resignada y sufrida Galicia, sucumbe de hambre y miseria, y mientras tanto, los sayones de ese cariñoso y paternal gobierno, le arrebatán hasta los útiles de labranza; último y único recurso con que cuenta para luchar contra la muerte que precedida de la hambre se presenta á sus puertas!

Valencia, Cartagena y otros puntos, son abandonados por millares de sus moradores, que no pudiendo soportar, las contribuciones y demas cargas impuestas por el gobierno, se trasladan al Africa en busca de garantías y proteccion para su trabajo.

Las provincias vascongadas y Navarra, son tratadas como plazas fuertes tomadas al asalto; en aquellas montañas es donde se ha desordenado con mayor furia el huracan gubernista; los moradores pacíficos de aquel noble solar, son hoy las víctimas predilectas de los hombres sin conciencia, de todos los saltimbanquis políticos, de arriba y abajo, que desean medrar con la esclavitud del pueblo, y como ven en peligro la ejecucion de su gran problema; «dividir para reinar,» á ese pueblo tan noble y honrado, es que hoy le persiguen de la manera mas criminal é inicua, arrebatándole por medio de las bayonetas, sus sagrados y seculares derechos, su autonomia y su libertad, y hasta el sudor de sus hijos; y no conformes con eso quieren privarle hasta de su lengua madre.

¡Insensatos! Y mas que insensatos son, si creen que basta rodear de bayonetas á un pueblo y cargarlo de pasadas cadenas, para arrancarle su dignidad, su lengua, y todos las demas afecciones que este pueblo posee.

Cuan engañados viven los que tal suponen del pueblo euskaro!

Que mal conocen á esa raza, los que creen que con el terror y la amenaza le harán olvidar la necesidad de permanecer unida y compacta; creen que ante ese nuevo atentado sin ejemplo en la historia, se lanzarán al campo los mas incautos, siguiendo las sugerencias de sus secretos emisarios, no; el pueblo vasco-navarro está unido y compacto y aleccionado por la esperiencia, ha probado en las últimas elecciones, que apesar de la guerra sin cuartel que se le hace, no se arredra ni se amilana; ni las grandes intrigas ni los trabajos de zapa lo hacen retroceder en su camino de «union».

El pueblo euskaro ha sabido siempre despreciar las amenazas y repeler con dignidad á sus opresores; no le intimidan los millares de bayonetas con que se le trata de subyugar, no; porque sabe por tradicion y por esperiencia propia, que si bien es factible de dominar el derecho con la fuerza; ese dominio es momentáneo; ¡el derecho, la razon y la justicia, son impercederas, y por tanto han de descollar en días no lejanos refulgiendo no solo en las montañas Euskaras, sino, en la España entera, que ya no puede contener su enojo en vista de tanta iniquidad y expoliacion!

El ejemplo que acaban de dar las provincias Vascongadas y Navarra, eligiendo á sus representantes entre los mejores amigos del pueblo, apesar de los trabajos que los emisarios del Gobierno han hecho en contrario, es uno de esos sucesos que nos llena de grata esperanza, porque nos revela una vez mas, el poder inmenso que tiene el pueblo.

Los electores de los diputados de la oposicion, son las verdaderas guerrillas de ese gran ejército que se compone del pueblo oprimido, y ya hemos visto que sin mas armas que la decision han derrotado á las organizadas banderas gubernativas en esta primera escaramuza precursora de la gran batalla que se prepara.

¡Guay de los opresores del pueblo en ese día!

Apelarán á su heroico remedio para salvarse de las iras populares, tratarán de sacrificarle una vez mas en aras de su ambicion; aniquilándolo por medio de las bayonetas, pero será tarde; la tropa que vá compadeciéndolo al pueblo se acordará de que antes que humilde siervo de mandones sin conciencia, es parte integrante de ese pueblo, é indignada se plegará á sus hermanos, y ese día, que está muy cercano, se emanciparán todos los pueblos, recuperando sus derechos y autonomia.

H. A.

Ellos y nosotros

LA BATALLA DE GUERNICA

(Continuacion)

Era necesario acabar de una vez. Volvió á decirnos nuestro General, que pasáramos por encima de aquellos hombres, y por encima de ellos pasamos, pues el puente rebasaba de cadáveres!

Venia yo á mi casa con el sentimiento de no haber podido salvar la vida de aquel hombre, ¡por qué hay tan pocas que valen tanto!—¡cuando, mire vá, por donde, al entrar en mi casa lo primero con quien tropiezo es con él. Dios me lo ha enviado. Lo demas yo lo sabe usted.

—Ya, ya sé que nos hemos metido en un borengenal, que Dios quiera tambien que salgamos de él con toda felicidad.

—¿Tiene usted *bildurra* (1) Petriquilof?

—No, porque al cabo mi obligacion es curar, y guardar cuantos secretos se me confian. Pero, la verdad, temo que al fin y al cabo se descubra lo que estamos haciendo.

—Ya puede usted estar tranquilo, por que usted no lo contará, yo tampoco, con qué...

—Pero ¿y las mujeres? ¿Quién responde de las mujeres?

—¡Yo! contestó Mariano de un modo que no daba lugar á replicar.

—¡Hermano! ¡Hermano mio! decia el herido en aquel instante.

(1) Miedo.

—Acercáronse los dos hombres y vieron que el paciente abría los ojos.

—¡Siempre esta horrible pesadilla! exclamó, fijándolos en el uniforme de Mariano.

—¡Animo, Capitan! dijo este á media voz.

—¿Quién me llama?

—Un amigo.

—¿Dónde está? ¿dónde?

—Aquí, yó.

—¿Usted? ¿Y quién es usted?

—Soy; . . . pero no acertaba Mariano con la contestación, y viendo el capitán la dificultad que tenía para darla, exclamó repentinamente:

—¡Ah! todo lo comprendo. ¡Yo estoy prisionero!

—No por Dios; la herida es lo único que le impide á usted marchar á donde quiera. Pero yo espero que pronto se curará, y entonces.

—Vaya, basta de charla, interrumpió Petriquillo mezclándose en la conversación; no conviene á usted hablar mucho, le dijo al capitán.

—Una palabra, antes que guarde el silencio que decís me conviene.

—¿Sabeis de mi hermano?

—No tenga usted cuidado por él, se ha escapado; contestó Petriquillo con todo el aplomo del que está acostumbrado á mentir á los enfermos, sin remordimiento de conciencia. Pero contra lo que esperaba, el militar, haciendo un esfuerzo con el que faltó poco para que lograra sentarse en la cama, exclamó con voz fuerte:

—¡Es falso! ¡Mi hermano no huye jamás!

—Yo no he dicho.

—Mi amigo Petriquillo se ha expresado mal, le interrumpió Mariano; lo que ha querido decir ha sido que puede usted estar tranquilo respecto á su suerte, pues no se halla entre los muertos, ni tampoco entre los prisioneros.

Pero el apuro de ambos creció de punto cuando el herido, recobrando sin duda todas sus facultades intelectuales, repuso con una expresión de duda:

—¿Pues qué, ustedes conocen á mi hermano?

Entonces toró á Petriquillo sacar de apuros á Mariano, que se hallaba perplejo sin saber que contestar.

—No señor, le digo, pero como suponemos que pertenezca á su batallón de usted y no hay mas que un solo jefe de baja, de ahí el que aseguramos á usted, sin temor de equivocarnos, que no debe temer por él.

Esta contestación pareció satisfacer al capitán, y antes de que tuviera tiempo de recapacitar sobre ella, añadió inmediatamente:

—Vamos, vamos, basta de conversación; lo que conviene á usted sobre todo, es el descanso.

Cerró efectivamente los ojos el militar, y media hora despues, que se despidió Petriquillo hasta el siguiente día por la mañana, parecía que dormía, ó por lo menos que dormitaba, según lo tranquilizaba era su respiración.

Mariano echó un gergon al lado de la cama, y se encargó de estar al cuidado del herido, no obstante las instancias que le hicieron su madre y María para que se fuera á descansar de las fatigas de aquel terrible día.

La noche la pasó bien el herido, si se exceptúan algunos ratos de delirio y aun de quejidos, previstos ya por el curandero, hombre práctico en la materia.

Al amanecer del siguiente día, 2 de Mayo, volvió el curandero á casa de Mariano, en el momento en que el joven se hallaba muy ocupado en la alcoba próxima al herido, en limpiar el fusil y demás equipajes de guerra.

—Ya me han dicho las mujeres, dijo entrando donde se hallaba Mariano, que la noche la ha pasado bastante bien.

—Sí; no obstante, debe haber tenido dolores muy agudos, porque ha habido momentos en que ponía el grito en el cielo.

—Yalo creo. Peor fuera que no se quejara, por que entonces sería prueba de. . . Sigue, sigue preparando esos chismes, que hoy debéis tener revista.

—¿Revista? ¿y por qué? ¿para qué?

—Voy á ver al enfermo y vuelvo.

Volvió efectivamente y al poco rato y entró diciendo:

—Está durmiendo muy tranquilo. Supongo que le mandarias la cataplasma y que no le tocarías el trapo del ungüento.

—Todo se hizo como usted dijo. ¿Pero qué diablo de revista es esa que decía usted? Así como así, yó estoy libre de ella por que tengo licencia para estar en casa mientras no tengamos que salir de estos alrededores. Sea que nos darán algunos días de descanso, y me alegraré que así sea, por que no sé como habrían de componerse estas mujeres solas con el herido.

—¿Pues qué, no estoy yo aquí?

—Sí, pero V. no puede estar mas que cortos momentos, no solo por sus ocupaciones, sino también por evitar sospechas.

—Y sinó. . . cuando te digo que no es

cosa de tomarlo á broma. ¿Sabes para que es la formación de hoy?

—Como usted no me lo diga me quedo sin saberlo, pues no pienso salir de casa.

—Pues es para mandar al otro mundo á los infelices que pescasteis ayer.

—¡Eso no puede ser! ¡Si acaban de hacer los ingleses un Convenio para que no se fusile á nadie! . . .

Mariano tenía razón. El tratado de Elliot fue firmado por el General en Jefe del ejército de operaciones del Norte, don Gerónimo Valdés, el 27 de Abril de 1835, y por el General carlista don Tomás Zumalacarrégu el 23.

Sin embargo, no llegó á tener cumplimiento en todo el teatro de la guerra hasta muchos días despues.

—Eso, no obstante, siguió diciendo Petriquillo, como hace unos quince días mataron ellos á dos de los nuestros, en cambio vamos á matar hoy á diez de los suyos.

—A ese paso nos vamos á matar todos unos á otros; por que mañana cogerán á algunos de los nuestros y los fusilarán por la misma razón. Debe usted estar equivocado, á la fuerza.

—¿Equivocado? Mira, aquí tienes la lista de los que están en capilla.

Cojió Mariano un papel de manos de Petriquillo, y se puso á leer en voz alta. «Lista de los que han de ser fusilados hoy 2 de Mayo á las once de la mañana, en represalias de los dos soldados carlistas que fueron asesinados hace tres días. El coronel comandante de Gerona; otro coronel del Príncipe, don Francisco Antonio Cronet; el teniente coronel mayor de Córdoba, don Fernando Balboa; los capitanes don Félix Quirós, del Príncipe, don Felipe Maldonado, de Córdoba; los tenientes don Antonio Castro, del Príncipe, don Pedro Camoex. . .»

Al llegar á este punto oyó un rugido horrible, comparable solo con el de la leona del desierto en el momento que la arrebatan sus cachorros.

Quedaron aquellos dos hombres inmóviles, mirándose uno al otro, sin resolverse á averiguar la causa de lo que tan hondamente le habia impresionado, hasta que Mariano, armando la bayoneta en el fusil que tenía á mano, corrió hácia la alcoba inmediata, resuelto á vender cara su vida.

Tras él iba Petriquillo, mas muerto que vivo.

¡Tan horrible como inesperado era el espectáculo que se presentó á su vista! Encontraron al capitán revolcándose por el suelo, teñida la boca de espuma sanguinolenta y blandiendo en señal de triunfo, en una de sus manos, el vendaje con el apósito.

El suelo estaba empapado con la sangre que le corría de la herida, como corre el agua del caño de una fuente.

Repuesto Petriquillo del susto, y con la serenidad del hombre que está acostumbrado á tales casos, puso una mano sobre la boca de la herida y mandó á Mariano que sugetase los brazos del capitán. Forcegeaba este por desasir la mano de Petriquillo que apretaba la herida á fin de contener el derramamiento de sangre, y gritaba desahoradamente:

—¡No! ¡No quiero que maten á mi hermano! ¡Asesinos! . . . ¡Matadme, matadme á mi también! . . . Y bramando como una fiera, y fijando sus ojos fuera de la órbita en Mariano y Petriquillo les decía:

—¿Con qué derecho os oponéis á que yo muera? ¿quiénes sois vosotros que os encuentro en todas partes y á todos horas?

—¡Ah! ¡Sí, ya os conozco! ¡Vosotros sois los que asesináis á mi pobre hermano! ¡Asesinos! ¡Asesinos!

—¡Ichuzzu leyoc arin! (1) dijo Petriquillo á las mujeres que habian acudido á los gritos. Temía, y no sin razón, que si pasaba alguno por el campo, se enterasen de lo que debía ser un secreto para todo el mundo.

Iban ya faltando las fuerzas al herido, y entonces mandó el facultativo á Mariano que arreglase inmediatamente un nuevo apósito, dándole para ello un frasquito que contenía el ungüento. Hecho este, lo colocó en la herida, vendándola y volvieron á meterle en la cama.

Petriquillo renegaba del retroceso que habia tenido el herido, y Mariano por su parte temía que al despertar volviese á tener un ataque tan fuerte como el anterior; pero áquel le aseguró que no habia que temerle, porque desgraciadamente no quedaban al herido fuerzas para ello.

Un cuarto de hora despues despertaba este balbuceando el nombre de su hermano, y cuando Mariano, acercándose al lecho, trataba de consolarlo, vióse á aquel hombre que momentos antes parecía un león en el lleno de la calentura, echarse en brazos de Mariano llorando como un niño y diciendo:

—¿Qué desgraciado soy, Dios mío! ¿Qué desgraciado!

Era aquel un cuadro tierno y consolador.

Vióseles abrazados como hermanos á aquellos dos hombres que horas antes

se habian batido frente á frente como buenos, vertiendo lágrimas de dolor y de consuelo, y humedeciéndose recprocamente sus rostros, rostros manchados por la pólvora y tostados por el fuego del cañon. ¡Todos lloraban allí hasta Petriquillo, cuyo corazón no latía ya en presencia de escenas desgarradoras, se vió obligado en aquel momento á llevarse el puño á sus mejillas, á fin de enjuagar dos gruesas lágrimas que corrían por ellas.

Cuatro días estuvo el capitán luchando con la muerte, sin que Mariano se separase un solo instante de la cabecera de su cama, ni Petriquillo dejase de cumplir con su obligación; las mugeres por su parte cumplían también con la suya, orando constantemente por que Dios conservase la vida de aquel desgraciado.

Al cabo de este tiempo la crisis se resolvió favorablemente: Petriquillo disminuyó desde aquel momento sus visitas, y las mugeres alternaban ya sus oraciones con cánticos del país.

El capitán y Mariano se daban muestras reciprocas de cariño sincero, contándose los secretos mas íntimos de su vida. Supo éste que el primero se llamaba don Juan Camoex, y que era solo en el mundo, desde el día en que habia perdido á su hermano: que horrorizado ya de los terribles efectos de aquella guerra, á la que se habia lanzado con entusiasmo, pensaba abandonarla si Dios le sacaba con bien, y marchar á Madrid, en donde poseía una pequeña propiedad.

Mariano solo tenía en el mundo á su madre y á María, á quien amaba como una hermana: así lo decía él por lo menos, pero á juzgar por el calor con que se expresaba, debía quererla todavía mas. María era de la inclusa, pues que habienlo perdido la madre de Mariano una niña, quiso llenar el vacío, y trajo á María de la casa de expósitos de Bilbao. Hacia un año que habia fallecido el cabeza de aquella familia y desde entonces corría esta á cargo de Mariano; pero como creía este que era también un deber imperioso el de servir á su país, habia recogido las armas, y alternándolas con la hazaña, pasaba su vida entre el humo de la pólvora y el polvo del arado.

Dos días despues se vió obligado Mariano á abandonar á su huésped, porque el tambor volvió á llamarle á las armas. La despedida de aquellos dos jóvenes fué digna de ellos: no se hicieron ofrecimientos de ninguna clase, porque comprendieron que no tenían necesidad de ellos. En un fuerte abrazo que se dieron, quedó el uno con el corazón del otro.

La salud del capitán ganaba terreno rápidamente: á los pocos días se levantaba, y daba sus paseitos por la alcoba. Hacia algunos días que Petriquillo no parecía por allí, porque le habian llamado en otra parte. Solo esperaba Don Juan, á que los tropas de la Reina estuviesen por aquellos alrededores, para incorporarse á ellas.

A las altas horas de la noche del 21 de Mayo, oyóse llamar á la puerta de la casa. Se despertó el capitán sobresaltado al ruido que hacían los golpes, creyendo, ó mas bien, en la seguridad de que venían á prenderle, se echó de la cama, vistiéndose lo mas pronto que pudo, y cogiendo una escopeta vieja de Mariano que yacía empolvada en un rincón de la alcoba, se dispuso á vender cara su vida. Los golpes arreciaban, y las mugeres sospechando también que pudieran venir á prender al huésped, corrieron presurosas á avisarle para que tratara de esconderse en el desván, ó saltara si podia por la ventana. Sin atenderlas, pues comprendía muy bien que de nada le servía huir, se fué derecho al zaguán y sin hacer una sola pregunta, ni soltar una sola expresión, descorrió el cerrojo, dejando que empujaran la puerta por fuera aún de ganar terreno para disponerse al combate.

—¿Quien vá! gritó, haciendo la puntería hácia el vacío, apenas estuvo abierta la puerta.

—¡Capitan! replicó una voz muy conocida: era Petriquillo.

Echó aquel á un lado la escopeta, y los brazos al recién llegado, exclamando lleno de gozo:

—¿Como vá?

—Hay salud, gracias á Dios. A usted no hay que preguntarle. Ea, échese usted en cima cual quiera cosa, que la noche está fresca para enfermos, y andando que nos espentan.

—¿A donde?

—A Guernica, que allí están los de usted.

¡Solo Dios sabe lo que en aquel instante pasó por la mente del capitán! Pero el deber de narradores nos impone decir, que el silencio que siguió á la nueva dada por Petriquillo, debió ser empleado por el capitán Don Juan Camoex, en olovar una plegaria al Supremo Hacedor por las mercedes sin fin que le estaba otorgando.

Cuando aquellas infelices aldeanas

que no habian aun vuelto del susto pasado, supieron por Petriquillo la marcha del capitán, no acertaban á expresar su gozo, si bien no estaba exento de amargura, porque el cariño que tenían á este, hacia sensible la separación.

Cogió la madre de Mariano la manta de mas abrigo y se la echó en los hombros á don Juan, que no acertaba á decir una palabra y se dejaba gobernar como un niño.

—Vamos ya capitán, dijo Petriquillo, viendo que no daba muestras de moverse.

Alargó aquel las manos á la madre de Mariano y á María; pero no satisfizo esto á ninguno de los tres. Impulsados por un mismo sentimiento se echaron aun tiempo los brazos al cuello, y dejaron á sus corazones que dieran rienda suelta al sentimiento. Petriquillo comprendió que aquello iba á prolongarse demasiado, así fué que, cojiendo al capitán de un brazo, le separó como pudo de las dos mujeres, y le llevó hácia la puerta.

—¡Adios! fué lo único que pudo decir aquel hombre, que no se habia inmutado ante la muerte.

—¡Abur! fué el último saludo de aquellas dos mujeres, sencillo en la apariencia, pero que en el fondo encerraba un cúmulo de bendiciones.

Marchaba el capitán apoyado en el brazo de Petriquillo, y volvía sin cesar la cabeza para contemplar hasta el último instante la luz de candil que se reflejaba en el zaguán, porque las mujeres no cerraron la puerta hasta que dejaron de oír el eco de sus pasos.

Poco despues llegaban aquellos dos hombres al frente de la iglesia de San Juan, donde Petriquillo hizo alto, á fin de que entrase el capitán solo en Guernica, pues, no quería que se llegase á traslucir que habia él contribuido á salvarle.

Don Juan manifestó querer pagarle, pero Petriquillo, sin dejarle concluir la frase, le interrumpió diciendo:

—Vaya, mi capitán, hasta otra vez, aliviaré por completo y mandar si algo se ofrece.

Pero yo no puedo permitir que por lo menos deje usted de cobrar sus honorarios, y espero que me diga usted á donde. . .

—No hablemos de eso, capitán. Tenga usted entendido que si fui á curarle, fué por Mariano; si, solo por Mariano, á quien quiero como á un hijo. Eso sí, ¡que diantres! también digo una cosa comootra; despues que ha conocido á usted, me he alegrado de haber hecho lo que he hecho.

—Eh, ¡horabuena. Pero yo que no pague á usted todo lo que le debo, porque eso tampoco sería posible, siquiera las dietas. . .

—Corriente; no quiero marcharme sin que usted me pague. . . ¡venga un abrazo, y en paz!

Y aquel hombre tan avezado á presenciar escenas de sangre y de muerte, tuvo que echar á correr desprendiéndose de los brazos del capitán, porque sentía palpar su corazón mas de presa que otras veces.

(Continuará.)

Cartas de España

ESCRITAS PARA EL «LAURAC-BAT» DE MONTEVIDEO
Madrid, 8 de Setiembre de 1880.

ÚLTIMA OBRA DE ECHEGARAY
Mar sin orillas

Si la sucesión de escenas, relacionadas estrechamente, la multiplicación de los episodios, la diversidad de personajes y de situaciones dentro de un argumento más ó ménos interesante, constituyen un drama, lo es sin duda el de que vamos á tratar; porque de todo esto tiene; pero si, para constituirlo, son necesarias la moción de afectos, la lucha de las pasiones, el contraste de lo real y de lo ideal, el choque de los sentimientos, que producen en el espectador la reacción moral, el saludable terror, la ansiedad y la suspensión del ánimo, que son efecto de la contemplación de una acción verdaderamente dramática, no lo es porque nada de esto hay en él bien definido y expreso, y debe ser considerado de distinto modo calificándolo de leyenda. Ni tiene otro carácter, puesto que no aparece un plan perfectamente marcado, ni las situaciones son consecuencia una de otras, ni hay nada que necesariamente deba suceder, ni los caracteres son verdaderos, ni el desenlace, aunque imprevisto y horrible, es natural ni está bien preparado, pareciendo que el autor ha llegado á él por caminos extraviados y no elegidos deliberadamente, ó bien que no siendo ese el término de que imaginaba se ha encontrado con él, sin procurarlo ni haberlo sospechado.

Obra es ésta mas para deleitar la vista y el oído que para satisfacer á la inteligencia y al corazón; sobran figuras y faltan caracteres; algunas de aquellas se despegan del conjunto, otras aparecen confusas, las hay contradictorias, innecesarias, y no hay ninguna que pue-

da considerarse como una verdadera reacion. Las escenas se suceden con bastante confusion, los personajes entran y salen de escena, como las figuras de un teatro mecánico, pocas veces con oportunidad, y se llega al final sin haber contemplado nada grande, nada extraordinario, no observándose más que algunas ráfagas del génio, cuya impresion es harto pasajera y que estan en el modo mas que en la escena.

Preciso se hace, para no aparecer exageradamente severos y para que nuestras afirmaciones tengan algun motivo que resodemos en el argumento del que, nada la originalidad, no comprendamos como *Echegaray* ha sacado tanto partido, sin pecar de extravagante, difuso y alambicador.

Leonardo de Aguilar, el protagonista del drama, es hijo de la Marquesa de Castro, con la que no está en las mejores relaciones á causa de haber contraído segundas nupcias, lo cual él considera como una ofensa á la memoria de su padre, y, para no verse obligado á sufrir la presencia del intruso, se desentierra voluntariamente de su casa, sin querer oír las reflexiones de su madre que le deja partir con los ojos enjutos, apesar de que le ama tiernamente.

Camilo de Aguilar, el otro hijo de la marquesa, al que en vida de su padre cerraron las puertas de la mansion paterna sus locuras y su carácter aventurero. Llega á Barcelona, que es el lugar de la accion, y es conducido hasta las puertas mismas del palacio donde vive su madre, por una aventura amorosa que no tiene nada de digna ni de noble, puesto que se trata de arrastrar, con engaños y aficiones, á una pobre niña huérfana, á una casa infame en la que no puede menos de naufragar su honor. Si Dios no la socorre. Cuando está concertando con un moro ó judío, de la peor especie, la manera con que esto ha de ser y los amigos que á tan vil acto han de concurrir, Camilo repara á su hermano, que abatido, se ha dejado caer en un banco, despues de la despedida de su madre, y entregado á su dolor, ni ve ni oye ni se fija en lo que le rodea, y al reconocerse los dos hermanos, hablan de sus respectivas situaciones, celebrando el volverse á ver, y tratando de su madre, cuyo casamiento tampoco á Camilo parece bien. En esto sale la marquesa, á la que Camilo se dirige en demanda de que levante el destierro que le impuso su padre, pero ella se mantiene inflexible, dando lugar las contestaciones de uno y otro á que intervenga el marqués, el cual provoca la cólera de los dos jóvenes, que se la hicieran sentir. No interponerse la marquesa, la cual perdona á Leonardo que la abandona y rechaza á Camilo que la quiere y se humilla ante ella.

Al momento de irse la marquesa, llega Leonor, conducida por Hacíus y los amigos de Camilo: la infeliz doncella, que cree venir en busca de un protector, se asombra é indigna al escuchar las frases que la dirigen, y al comprender ó mejor al adivinar lo que se proponen le increpa duramente, tratando de resistirse á entrar en la casa á donde la quieren llevar, un momento, consigue romper el círculo de los caballeros que la rodean y va á arrojarle á los pies de la marquesa que llega, implorando socorro; la marquesa se compadece, viéndola tan hermosa, pero instigada por el marqués; la rechaza, apesar de sus lágrimas, y la triste se vé obligada á entrar en la infame manebía. Pero no tarda en aparecer, habiendo logrado escaparse, cuando Camilo estaba ya decidido á ir á arrancársela á los viles raptos, y se ampara del mancebo, el cual indica á Hacíus que la lleve á su casa, que está enfrente, mientras él detiene á los burlados impidiéndoles que abran la puerta de la casa que sostiene cercada agarrado á una de sus argollas y apoyado en una columna del soplial. Leonor huye; y uno de los caballeros apostrofa á Camilo, que le contesta con altivez estando á punto de batirse allí mismo, á lo cual renuncian por buscar á la fugitiva. Cuando han marchado, Leonor á la Hacíus acaba de despojar de las galas con que los infames la habian adornado para el sacrificio, sale de la casa de éste y no sabe hácia donde dirigirse en medio de la oscuridad, desmayándose, al oír acercarse á Leonardo, el que, al contemplarla desmayada, tan hermosa y tan joven, siente un vivo movimiento de pasion, la presta auxilio, no siendo vistos por sus perseguidores que vuelven, y á los que el joven está dispuesto á hacer frente por defenderla. Pero los caballeros entran en la casa de Tais y Camilo, dice su nombre á la bella que se lo preguntan con interés, siendo este episodio la base de un amor que ha nacido tambien en su alma, en la que no tardará en echar hondas raíces.

Todo esto que pasa en el primer acto, constituye el fundamento del drama, porque Leonardo, que no ha visto entrar á Leonor en la manebía, la cree sencillamente lo que es una mujer desgraciada de la que se enamora locamente, pero

el marqués y la marquesa la han visto entrar y no saben, como Camilo, por qué y de qué manera fué hasta allí; y lo que dentro de la casa sucedió, en cuya ignorancia se apoya todo lo que viene despues y es motivo de la crueldad con que luego la trata y de la fatal resolucion que ella toma la joven así como de la á que se lanza Leonardo. Pero no anticipemos los sucesos.

En el acto segundo, cuya accion tiene lugar en un castillo morisco á orillas del mar y próximo á Barcelona, Leonardo, que ha conducido allí á Leonor, va á desposarse con ella, para lo que solo aguarda la llegada de los testigos que son un pariente y un amigo; dirige frases de amor á la que va á ser su desposada, y habla en la joven una gratitud sin limites y un amor inmenso, á prueba de desengaños, de falsias, de traiciones y vilezas, de tal modo, que infunde á Leonardo celos de sí mismo, celos que desaparecen para dar lugar á los transportes á que le obligan los tristes sentimientos de la doncella, á quien su vida actual asusta, pareciéndole un sueño y teniendo un horrible despertar. Llegan los caballeros que han de servir de testigos, y se dirigen inmediatamente á la capilla del castillo. Mientras se verifica la ceremonia, Sanábria, un servidor de Leonardo anuncia á otro que la marquesa á la que ha dado aviso, va á llegar á impedir el desposorio, si aun es tiempo, que no lo es, pues terminado el acto, Leonardo viene precipitadamente á convocar á sus servidores, para acudir al Palmar, lugar próximo, en el que un bajel pirata turco ha entrado á sangre y fuego, y el valeroso mancebo quiere volar en su ayuda, dejando confiada á Leonor á sus dos amigos, y partiendo al sitio del combate, sin querer oír á su servidor Sanábria que le va á anunciar la llegada de su madre. Y, efectivamente llega con el marqués, sorprendiéndose no poco de encontrar á los dos caballeros que sin duda no son muy de su devocion. Pregunta la marquesa por Leonardo, y le dicen á donde ha ido, calmando la natural inquietud que siente por su hijo, despues de lo cual, manifiesta el marqués su extrañeza por ver mezclado en aquel asunto á los amigos de Leonardo, é increpa á Sanábria por haber admitido á Leonor en el castillo. á lo que aquel contesta que por orden del joven. El marqués le ordena que la saque de allí y la lleve á Barcelona, á lo que se oponen D. Luis y Osorio, que son los dos amigos, estando ya para venir á las manos uno y otros, cuando lo impide la marquesa, manifestando deseos de saber quien es la esposa de su hijo, lo que los caballeros no pueden decir, porque no lo saben, contestándose con asegurar que es hermosa y honrada, aunque hija de un soldado. Esto causa gran enojo á la marquesa; procura enterarse de los pormenores de los desposorios y cuando está convencida de que ya no hay remedio, quiere conocer á Leonor y ordena que la conduzcan á su presencia, estando dispuesta á admitirla por hija, si la halla buena y honrada apesar de las cuestiones del marqués que no lleva á bien que lo sepa y lo diga. Se presenta Leonor, y al ser mirada por la madre de Leonardo, ésta reconoce en ella á la que en cierta noche, saliendo de una casa infame, la demandara amparo, á cuya afirmacion, que la llena de terror, don Luis y Osorio vacilan en seguir dándole su proteccion. Interrogan á la joven y ésta no lo niega; su confesion provoca la ira de don Luis que quiere matarla, sin esperar á oír su justificacion. La marquesa le detiene; Leonor, que al principio se ha humillado, se alza activa, cuando su virud y su inocencia se ponen en duda: el marqués piensa que la boda sea anulada, pero la marquesa teme que llegando Leonardo, loco de pasion desahaga lo que ellos han decretado; don Luis insiste en que debe morir; la marquesa prefiere otro medio menos violento, y Sanábria, les propone uno más infame que es entregarla á dos prisioneros de los piratas, que tiene encerrados, poniéndolos en libertad para que se la lleven á Argel ó la arrojen al mar, la marquesa se opone, pero el marqués ordena á Sanábria, que traiga á los prisioneros, y así que se presentan les proponen darles libertad y un bote y botin para el arém señalándoles á Leonor; uno de ellos que es Mafien acepta, el otro que es Camilo, se sorprende de hallar en aquel lugar á su madre y á Leonor, adivina de lo que se trata, y calla, proponiéndose salvar á la huérfana, por fin se la llevan y cae el telon.

En el tercer acto, Leonardo vuelve del Palmar, donde ha logrado rechazar al pirata ignorante de lo que ha sucedido y ansioso de ver á su esposa y descansar en sus amantes brazos. Se dirige á donde cree encontrarla y no la encuentra; viene á preguntar, donde se halla, y todos huyen de su presencia por no darle la fatal nueva; se desespera y abate un instante, pronto recobra la energia, y ve llegar á su madre, que acaba de hundir

el puñal en su corazon diciéndole que su boda con Leonor le causa deshonra, Leonardo no lo cree y perdona á su madre sus palabras, por ser ella: pero cuando le dice que Leonor ha desaparecido para siempre, él cree que la marquesa sueña, la pregunta donde está su esposa, con tono amenazador, mas no tarda en calmarse y la suplica de rodillas y llorando lo saque de su cruel incertidumbre; la marquesa vacila, al fin le cuenta toda la verdad, esto es, que conducida por los prisioneros en una barca, debió llegar al bajel pirata que Leonardo vió hundirse en el mar, á cuya idea, se apodera del joven un arrebatado furor, de amargura, de desesperacion tal, que en sus airados movimientos le hace caer en tierra á su madre, huyendo luego espantado. El marqués y demás encuentran tendida á la marquesa y la prestan auxilio interrogándola y enterándose por ella de la escena precedente: Leonardo vuelve y al hallar á don Luis y á Osorio, les pide cuentas del tesoro que les confió; entonces sabe que aquel quiso matarla y que su madre se opuso, y oye de labios del marqués que no debió hacerlo por no manchar su acero con la impura sangre de torpe meretriz, lo que apoya su madre, manifestándole que la vió cierta noche salir de su impúdica morada; Leonardo arroja un mentuz á la cara del marqués, pero su madre lo afirma, y ya no queda al joven otro recurso que oírlo de boca de su misma esposa, á la cual llama con gritos desesperados. Ella aparece, en efecto, sin duda guiada por Camilo, y quiere arrojarle en brazos de Leonardo; este la contiene hasta saber la verdad: pregunta a su madre delante de Leonor, si es ella la que una noche de triste memoria la pidió amparo; la marquesa le jura por la memoria de sus padres; entonces pregunta á Leonor, dispuesto á creerla á ella sola, pero el no la desmiente lo que afirma la marquesa, y Leonardo la dice que no ha debido venir; que bien estaba en el mar; allá volveré dice ella; todavia insiste el joven, que no quiere convencerse, y otra vez Leonor lo afirma, aunque asegurando que solo un instante permaneció en la manebía; el esposo irritado la condena á morir, se arroja al mar, cuyas aguas se abren para dar sepultura á su inocencia Leonardo aunque tarde, se arrepiente, pero cuando su dolor llega al paroxismo, es cuando le entregan una carta de su hermano que ha muerto de sus heridas, en la que se prueba que Leonor está limpia de toda culpa; pero entonces no habria drama, su sacrificio por mas natural y artisticamente bello; tampoco satisface y es inútil, aunque desde luego horroriza de toda manera; entonces, lanzando un supremo grito de angustia y de horror, presenta la carta á su madre y al marqués, y sin que estos puedan detenerle se arroja al mar, yendo á reunirse con la que tanto amó.

Por la precedente exposicion, podrá comprobarse lo que antes hemos afirmado; esto es, que apenas hay verdaderos caracteres; únicamente el de Leonardo está un tanto definido, su repentino enamoramiento, su determinacion precipitada de tomar por esposa á Leonor, su respetuosa deferencia á su madre y el odio cordial que profesa al marqués, su resolucion extrema, haciendo morir á Leonor y lanzándose él mismo á la muerte, razgos con que nos dan una idea de su condicion, de su idiosincrasia moral, pero que están bastante lejos de constituir un carácter, tal como nosotros lo comprendemos. Cuando la pasion le trasfigura, puede llegarse á creer que vá á marearse, pero no llega á manifestarse, porque ninguno de sus actos puede atribuirsele ni se halla completamente justificado, ni aun por sus mismos arrebatos. (1) Leonor es una figura simpática, un personaje que no hace mas que amar y sufrir las persecuciones de todos, hasta de los que debian protegerla y de los que la aman.

Solamente en Camilo halla defensor, y este muere, tratando de salvarla, por tercera vez, despues de muerto; si llega tarde la salvacion. no es culpa suya, por eso se hace simpático á pesar de sus infamias, que en él no son mas que extravagancias hijos de su espíritu aventurero y rebelde á toda ley, menos á la de la naturaleza y á la de la humanidad. La mezcla de virtudes y vicio, de nobleza y de infamia, que constituyen su manera de ser y obrar, parece que nos debia dar la medida de su carácter, pero éste no se declara sino por débiles razgos insuficientes por lo mismo. La marquesa tampoco merecia considerarse como tal; su carácter es indefinido, antipático, y nada constante, es el de una rigidez poco humanitaria y nada generosa. El marqués es un fantasma que solo sirve para inspirar á su esposa actos inhumanos. Sanábria, es un servidor fanático de la marquesa, poco noble y menos sencible: Celja su hija es un ser angoli-

(1) Luego es muy discutible la justicia que ejerce con Leonor, más justo hubiera sido que la hubiera arrojado desde casa abandonándola á su muerte.

cal, cuya condicion se despoja de la de su padre Hacíus es un tipo bastante comun en aquellos tiempos, aunque poco empleado en el teatro, apenas influye directamente en la accion de la leyenda, y don Luis y Osorio son dos comodines que no hacen esencialmente falta alguna, y los demás personajes ó personillas, son mas propios de zarzuela que de otra cosa.

La moralidad no es tampoco lo que más resalta en esta obra; la virtud es abatida, el vicio y el crimen quedan impunes; sola la marquesa se ve castigada con la pérdida de sus dos hijos, Camilo tambien alcanza su parte de castigo, precisamente cuando su noble conducta le habia redimido de las faltas pasadas; los demás quedan como estaban y de algunos ni el recuerdo queda cuando desciende el telon sobre la última escena. El desenlace es rapidísimo, consistiendo en este exceso su principal mérito; el título no se justifica sino de una manera ambigua, y eso al final.

Sin caracteres determinados, ni situaciones ni episodios notables, sin arranques ni geniales rasgos, este drama que descargado de algunos personajes y escenas que cuelgan, podia haberse desarrollado muy bien en dos actos, tiene en medio de su frialdad, grandes bellezas literarias y escénicas; una forma brillante y poética, un estilo primoroso, con lenguaje propio y elevado, mucho color, mucho movimiento, condiciones todas que se revelan en casi todas las obras de *Echegaray*, lo que unido á la esmerada y perfecta condicion que mereció á la compañía del Teatro Español, donde se estrenó el 20 de Diciembre de 1879, al talento y acertada direccion de don Rafael Calvo, hizo que su éxito fuese satisfactorio y que la crítica no fuese tan severa, hasta que depurado su mérito, la opinion ha hecho justicia, diciendo la última palabra.

Despues de su primera representacion, se introdujeron por su autor algunas modificaciones, para aligerar algunas escenas, las cuales son indicadas al final, en la edicion que hemos tenido á la vista para hacer nuestro juicio, así como la acompañan otras notas necesarias para entender el pensamiento del autor en ciertos parages que fueron mal interpretados por el publico que los acogió con especiales demostraciones. (Aqui puede concluir.)

Para concluir, y por que sabemos que esto ha de proporcionar una satisfaccion al lector, que no haya leído la obra ni asistido á su representacion, vamos á transcribir algunos parages de la misma, no los mejores, sino que de los que mejor idea dan de la entonacion y estilo que en ella campean.

Leonardo está diciendo amores á Leonor, y entre los dos se cruzan estas apasionadas frases:

LEONARDO

Si no te amase, Leonor,
Con éste amor que me abraza,
Si fuese placer que pasá,
Fuego que extingue su ardor,
Y al llegar el nuevo dia
Te abandonase á tu suerte
Para ya nunca más verte,
¿Me amarias?

LEONOR

(Con ternura) Te amaría.

LEONARDO

Si aquella noche, Leonor,
En que te hallé desmayada,
O de fuerzas agolada,
O vencida del dolor,
Al volver de tu agonía
Y al encontrarme á tu lado,
Te hubiera desamparado:
¿Me amarias?

LEONOR

(Con pasion.) Te amaría.

LEONARDO

Si yo no fuese, Leonor,
Lo que supones que he sido,
Si aqui te hubiese traído
Codicioso de tu honor,
Si mi anhelo, con falsia,
Fuera hacerte, niña hermosa,
Mi manceba y no mi esposa;

(Con ansias) ¿Me amarias?

(Leonor duda un momento, y luego le abraza llorando y diciendo en voz muy baja).

LEONOR

Te amaría

LEONARDO (Cambiando de tono)

Calla que no quiero oírlo,
Pronto hablaste, llanto tardo.

LEONOR

Entonces, ¿porqué, Leonardo,
Me has obligado á decirlo?

LEONARDO

Porque saber pretendí,
Y no te espante ni asombre.
Si me amabas por mi nombre
Ó si me amabas por mí.
Porque el que amo suspendido,
Va siempre entre cielo y lodo,
Y amante piensa de un modo,
Y de otro modo marido.
¡Ah! si mi esposa mañana
Me hablase de esa manera

La muerte, Leonor, le diera Por impura y por liviana. Lo cual, sobre ser sumamente bello y recordar los buenos tiempos de Zorrilla, García Gutiérrez y otros autores esclarecidos, revela algo del carácter que Echegaray ha querido dar a este personaje, es sin duda el rasgo que mejor le pinta, tanto que con otro esfuerzo quedaba aquel divinizado y claramente distinto. Protestando Leonor de su inocencia al ser acusada por el marqués, prorrumpe en estas palabras.

LEONOR
Pues modo debe existir De vencer su resistencia: Debe encontrar la inocencia Manera de persuadir, Acentos del corazón, Palabras que busca en vano, ¡Algun grito sobre humano De suprema indignación! O si esto no puede ser, Tal manera de llorar, Que no se pueda imitar Y que logre convencer.

Esta es la voz de la inocencia, y sino logra convencer ni apiadar al marqués, es sin duda por que está interesado en perderla y cree más a las apariencias que la condenan.

Dignas y llenas de respetuoso cariño son las que dice Leonardo a su madre, cuando oye de sus labios lo que no puede creer, ni siendo verdad la toleraría en otros; dice así:

LEONARDO
La propia mano al azotar el rostro Causa dolor tal vez, no vilipendi; Y así, señora, de la madre única Son para el hijo ultrajes los acentos. Si palabras de amor la madre dice, El las guarda en el fondo de su pecho; Si el enojo las dicta, antes que lleguen A rozarle la faz, las lleva el viento.

Cuando Leonor dice a su esposo que si estuvo en la casa infame fue un instante no más este exclama:

LEONARDO
..... ¡En uno solo Perdió Luzbel su celestial morada Quemó sus sienes la diadema roja Y ennegreció el cariño de sus alas! Todo ese mar con todas sus espumas Para blanquear tu frente ya no basta. Cop lo que el autor ha dado un trozo más del carácter de Leonardo, que se empuña en no aparecer, a pesar de todo. Mas citaríamos porque la materia es abundante, pero renunciamos para no cansar al lector, que puede ver la obra por sí mismo y saborear sus bellezas, que son en gran número y tales que bastan para hacer olvidar todos sus defectos.

No sabemos si hemos acertado en el juicio que de es a obra hemos escrito; podría no estar conforme con el de algunos, pero es el nuestro, sincero y desapasionado. frio; y como ignoramos si en la calificación de las obras de Echegaray, en la apreciación de su genio y manera de ser, nos hemos equivocado; de todas maneras, nuestra buena voluntad nos hace acreedores a la indulgencia de todos, ya que en el mar de confusiones en que navegamos, tratándose de este autor, tampoco hay orillas.

Fermin Herran.

Literatura

EL RUISEÑOR DE ERROTA-ZURI

CUENTO

(A mi muy querido y respetado amigo D. Antonio de Trueba)

¡Pobre Cathálin, la venerable viejecita del solitario molino de Errota-zuri!

No había en toda Navarra toca mas blanca que la suya, ni conciencia mas pura, ni frente que reflejase mas resignación y bondad.

¡Pobre Cathálin! Cuando al ponerse el sol se la veía volver a su casa, cuidando de sus nietezuelos y tarareando, para divertirlos, las canciones que hacia siglos resonaban en su querido valle de Bertiznana, ¡quién hubiera sospechado que bajo aquel exterior tan humilde se ocultaba el alma de un poeta y la inteligencia de un filósofo!

Poeta y filósofo, si, a su manera, de los muchos que se encuentran en la tierra euskara, gentes sencillas que no conocen más libro que el de la espléndida naturaleza pirenaica, ni otro guía que sus firmes creencias y su espíritu recto y observador.

Apenas sonaba el melancólico toque del Angelus, que las campanas de la vecina aldea lanzaban con voz pausada y grave, Cathálin rezaba en compañía de su familia la oración de la tarde, se sentaba al amor de la lumbre, cojía su rueca, y apesar de sus cuatro ecintas, hilaba con afán, mientras que los chiquuelos del caserío, colocándose en derredor suyo, escuchaban sin pestañear los cuentos de la abuela.

¡Qué de tradiciones y de sencillos apólogos hubieran podido recogerse en aquel pobre hogar! La casualidad me permitió escuchar lo siguiente, de boca de Cathálin, en la antigua cabaña de Errota-zuri:

— Cuando yo era niña, había al pie del gran castaño que está atrás del molino, y oculto entre el ramaje de rosales silvestres y madreselvas, un nido por todos respetado. Habitábalo

un ruiseñor, al cual, durante las serenas noches de verano, otonaba cantos tan admirables, que era el embeleso y la alegría de cuantos frecuentaban aquellos contornos.

Cierta día, Pedro-Mari, el hijo del Sr. de Garteluzar, preparó hábilmente unos lazos, consiguió cojer al pobre animalito, y loco de gozo se lo llevó a su casa. Encerrólo en una hermosa jaula y dióle comida en abundancia; pero la inocente avecilla, que sin duda se acordaba de los bulldores arroyuelos donde bobin en otro tiempo, y de las misteriosas selvas donde revoloteaba y de su amado nido, ni comía, ni cantaba, ni se ocupaba mas que en preparar por los alambres de su cárcel, a los que picaba furiosamente buscando una salida. Por fin, poco a poco, fueron calmándose sus arrebatos; sus ojos recobraron su antiguo brillo y pareció olvidarse de tan triste suerte; sentábase Pedro-Mari al lado suyo, y pasaba largas horas acariciándole y silbando algunas tonadas, a fin de que el ruiseñor las aprendiese; y como todo se conseguía con constancia, el pajarillo llegó a repetir las a las mil maravillas.

Pedro-Mari no cabía en si de contento; pero un día su buena madre lo llamó y le hizo ver lo triste que para aquella avecilla, acostumbrada a cruzar libre el espacio y a vivir oculta con sus hijuelos en medio de las selvas, debía ser la esclavitud; pintóle su felicidad pasada, cuando durante el silencio de las tibias noches del estío entonaba himnos de gratitud al Creador; encarecióle su adversidad presente al verse prisionera, y, en fin, tales cosas le dijo, que el chiquelo, que aunque travieso tenía un hermoso corazón, exclamó, echándose en sus brazos: — Madre; comprendo que obré mal apoderándome de esta avecilla, y quiero devolverle la libertad, por más que me cuesta muchas lágrimas el separarme de ella. — Y diciendo y haciendo arrancóse a los brazos de su madre, cojió la jaula y echó a correr como quien va a realizar una alta empresa: llegó al pie del castaño que está tras del molino, colocó la jaula en el suelo delante de las frondosas ramas; abrió su puerta y retiróse a cierta distancia, para contemplar la felicidad del pajarillo cuando echase a volar. Salido en efecto el ruiseñor gorgoneado: posóse sobre una leve rama, contempló los restos de su antiguo nido, y... ¿que creis que hizo?

— Acurrucarse dentro, dijo uno de los chicos — Besarlo, exclamó otro. — Cantar como antes de estar preso, murmuró un tercero.

— Nada de eso, contestó la vieja Cathálin: el pajarillo no se acordaba ya de las canciones de sus padres, ni de la casita de musgo donde había nacido, ni de la hermosa libertad de sus primeros días! El ruiseñor, despues de saltar de rama en rama, bajó al suelo, silbó una de las tonadas que había aprendido a su amo, y... se metió otra vez en la jaula!!

Los jóvenes oyentes no pudieron reprimir, al oír estas últimas palabras, un gesto de asombro y decepción, y Cathálin, reclinando la frente sobre sus aperegamindas manos, dijo con voz sorda y comovida:

— Si alguna vez os separasen de vuestras madres, de vuestra tierra, y de lo que en ella mas queréis; y mas tarde tuviérais la felicidad de poder recobrar todas estas cosas; ¡hijos de mi alma! ¡no imitéis al ruiseñor de Errota-zuri!!!

Desde la época a que se refiere mi relato, han pasado muchos años; la pobre Cathálin duerme el sueño de la paz en un humilde cementerio de su apartado valle; la felicidad huyó de las montañas vascongadas; el huracán de la adversidad furioso como las galernas de nuestros mares, barrió esta tierra, dejando impresas por todas partes sus terribles huellas... pero Dios, que nunca abandona, nos ha dejado en el fondo del alma una fé y una esperanza inquebrantables.

Sin embargo, al ver que muchas gigantescas rocas de nuestras costas, que durante miles de años resistieron invencibles y firmes las iras del Océano, han venido a tierra por efecto de la acción lenta y oculta de imperceptibles filtraciones; al considerar la mudable condición humana, y al recordar hasta que punto el hábito modifica la naturaleza y los instintos—lo mismo en los hombres que en las avecillas del cielo—ocúrrenos la idea de que pudiéramos olvidar ó mirar indiferentes el honrado lenguaje de nuestros padres, sus santas creencias religiosas, sus veneradas tradiciones, sus patriarcales costumbres y sus instintos de alto ó indomable independencia... y cuando este temor nos asalta, quisiéramos poder gritar como la anciana Cathálin: — Euskal-erria, ¡no imitéis al ruiseñor de Errota-zuri!

Juan Iturralde y Sui.

Tamborileros

Los que se consideran aptos para tomar parte en las fiestas euskaras, se servirán pasar a esta oficina.—El Gerencio.

Invitación

Se invita a todos los socios a una reunion que tendrá lugar el Domingo 7 de Noviembre a las 2 de la tarde en el local social, a fin de resolver lo que sea conveniente con respecto a las fiestas euskaras que deben tener lugar en Diciembre próximo.—F. G.—El Gerencio.

Presentimiento

A VICTORIA

Dulce mi vida dulces las horas Que alegres pasan en confusión, Ya nada quiero solo su amor, Tierra querella, Graciosa brinda

Al alma triste desconsolada En bello canto su voz florida.
¡Cuánto la quiero! ¡Cuánto la amo! Y quizá el dardo de una ilusión A horir su pecho corra mañana.
Ricardo Arredondo. Montevideo, Agosto 25 de 1880.

En Galicia

A MI QUERIDO TIO ANTONIO BRAVO

SONETO
Dispuesto a cumplir aunque mezoquino Que le marca la ley un deber santo, Del mendigo se ciñe el triste manto Y errante se lanza a su destino.

Cansado de vagar el peregrino En pos de pan para calmar el llanto. Do aquel ser maternal que quiere tanto Nada halla en su fatal camino.

Y al volver inciturno a su mansion Ansioso por besar al ser querido Un presagio le hiera el corazón.

¡Madre mía! exclamó; has fenecido El hambre fué tu verdugo; y la razón El hermoso doncel había perdido.
Ricardo Arredondo. Montevideo, Agosto 26 de 1880.

Sólos ingresados en la capital y sucursales de campaña en los meses que se indican a continuación:

- MONTEVIDEO
Octubre 1.º — Don Cristóbal Junche.
Sinforiano Isasmendi.
José Zubillaga.
Juan A. Martínez.
Tomas Urrutia.
Antonio Arizabalaga.
Mannuel Eirmandi.
Nicolás Zepirain.
Miguel Ayzayner.
José M. Irastorza.
R. Casamayon.
Zacarias Muñoz.
José Urriza.
ESTACION SARANDI
— Don Martin Terreria.
— Pesquera hermanos.
COSTA DE PINTOS
— Don Antonio Ramon Aldecoa
SAN JOSÉ
— Don Conrado Lopez de Zuazo.
MERCEDES
— Don Eduardo Castillo.
— Angel M. Lorenzo.
— Julian Goicoechea.
— Miguel Yrasusta.
— José Pena.
— Andres Soto.
— José Garcia.
— Pedro Esteinon.
— Antonio Yzaguirre.
— Ignacio Seguroia.
— Francisco Irimandi.
— Antonio Echenique.
— Guston Inda.
— Vicente Marconi.
— José M. Arco.

Cantidades recibidas en el mes de Octubre

- 3—Agente en Caballero, Pedro Narabal Agente 14 64
4—Capitán. B. Lasa Cobrador 31.00
7—Francisco Antonio Garcia Socio 50
—Lorenzo Perez por un semestre hasta Diciembre Socio 3.00
9—Pedro Cigunde por Agente Agente 16.00
11—Pedro Lapeyre (hijo) " 3.20
—Bernardo Lasa Cobrador 13.22
—F. J. Errazquin Socio 4.50
—Juan B. Galarregui " 1.00
—Martin Larraín " 1.50
—Manuel Iduarte " 5.00
—Santiago Larnaga " 10.00
12—Julian N. Echeverry " 1.50
14—Matias Ezquiroz Agente 14.00
—Sebastian B. Acevedo Socio 3.00
16—Ignacio Odiozabal Agente 9.75
21—Crisanto Aguirre " 24.00
—Antonio Larrañendi " 33.70
—Tomas Urrutia Socio 1.50
25—Bernardo Lasa Cobrador 82.51

Suscripcion para Jaurrieta

- José de Umarán \$ 10 00
Francisco Irañeta " 10 56
Francisco Gargullo " 1 00
Deogracias Latorre " 2 00
Juan Iriarte " 1 00
Juan Bta. Galarregui " 0 50
Una familia tolosana (fuercista) " 5 00
José Ma. Carrera " 10 00
J. A. de S. " 1 00
S. R. de Acevedo " 5 00

Iparraguirre

Llamamos la atención de nuestros compatriotas sobre la suscripcion abierta en la oficina central de esta sociedad a favor de nuestro comprovinciano, el autor de «Guernicaco Arbol», don José M. Iparraguirre.

La triste y precaria situación porque atraviesa el inmortal vate de las montañas eu-kaldunas, bien merece de parte de sus hermanos de América una mirada simpática y un pequeño sacrificio a fin de aliviar en lo posible el infortunio que le agobia, en medio de su querida y hoy desventurada euskal-erria.

J. U.

A continuación van los nombres de los que encabezan la suscripcion.

- Sociedad Laurac-Bat . . . \$ 15 00
José de Umarán . . . » 4 00
Francisco Irañeta . . . » 3 00
Emeterio Quintana . . . » 2 00
Deogracias Latorre . . . » 0 50
Manuel Basarte » 2 00
Pedro Ausqui » 2 00
José Simon Imaz » 0 50
Victorio Iraurgui » 2 00
Francisco Olaola » 1 00
Bernardo Amilivia . . . » 1 00
Manuel Juambeltz » 4 70
Martin Zugazaga » 2 00
Pedro Beldarrain » 1 00
Estanislao Beldarrain . . » 0 50
Eusebio Aranguren . . . » 1 00
Alejo Aguirre » 1 00
José M. Portu » 0 50
Nicolás Portu » 1 00
Timoteo Muñozcas » 4 70
Felipe Ortiz 100 \$ papel
Buenos Aires
Un Tolosano Fuercista . . » 1 00
Juan Bta Galarregui . . . » 0 50
José Ma. Carrera » 4 00

SECCION DE AVISOS

Ostatu Española

JUAN ERRASUN-ENA, CALLE SARANDI NÚM. 399 Y BACACAY NÚM. 10 A 20

Eche eder paregabeco au da Montevideo hostatu obenetatic bat; ciudadean erdi-erdian dago sartu-aterachi caletara dituela.

Ingurutua alde batric teatro Soliaequin eta bestetic Plaza Independenciarequiñ; Governoco Palacio uruill dueiaric.

Comerciante eta particular gucientzat ventaja aundia da onelaco lecuán bicitzea banaren erdiarequiñ eguiteco here atera guciac comercioco eche, juzgado, eta particular gucien erdian dagolaco; echecho balcoyetic icusten dira inguru guciac; ichasora bañatzera jueatoco trenac ateatic pasatzen dira eta echean bertan bada dira lañuac otzac eta epelac.

Jateco janari eta edari onenac, cuarto aleguere eta garbitasun ona, beti pronto dira eta inun baño merqueago naiz ill contura a la eguneco.

Idortzen da janaria bacoitzari here echera.

Casilla para los Baños

Desde el 1.º de Noviembre se hallarán a la disposición del público, las casillas situadas en las calles de Mita y Maldonado.

CHILE

A pedido de nuestro agente en Santiago, don Pedro Sevilla, publicamos a continuación el siguiente aviso:

Francisco Lamar,

residente en Santiago de Chile, desea comunicarse con Juan J. Allende, en una de Supuerta y con Juan Zorriza de Villarreal de Trucos que residen 6 años en de su país.

NOTA—Suplicamos a nuestra hermana de Buenos Aires se sirva transcribir los avisos precedentes.

Se desea

—Saber el paradero de Sifoniano Oñi y Oligue, de Pamplona, llegado al año 72; estuvo en Sant. Rosa de Labrador, en casa de un español.
—Se suplica a la prensa de Buenos Aires, la reproducción de este aviso.

Fermin Zabaleta

natural de Arana Navarra llegado al año 1861.

Martin Garaicoechea,

natural de Ebarri (Navarra), a fines de '80 se trasladó de Gualeguay a Buenos Aires. Se desea saber su paradero.
A nuestra hermana de aquella ciudad se suplica la reproducción de este aviso.

Sebastian Saez,

natural de Camporredon provincia de Logroño, se desea saber su paradero dirijirse a esta Oficina.

Antonio y José Cruz Arbide,

hermanos naturales de Ibarra, Guipúzcoa. El año 1877 residían en la Estación Cha. provincia de Buenos Aires—al cual modo de penitente y el otro de panadero.

El doctor Azarola (padre)

Calle del Rio Negro, número 177 alto, Colonia y 18 de Julio, ofrece sus servicios profesionales.—Consultas a todas horas.

La Hermosa Española

FONDA VASCONGADA EN EL CARMELO

Janari, edari eta ostac oia eta garbico, marroñal dituzten guciac aco dute Tomas Zubillagaren ostatu juxta Darrincoz errian.

Aviso

Se desea encontrar una persona competente en el manejo de hornos de cal y elaboración de cementos hidráulicos. — En esta Gerencia se dará razón de las condiciones y demás detalles.

Fonda de Antonio Saralegui

SUCESION DE SATOSTEQUI

Esta antigua establecimiento situado en la calle Colon número 10 y 12 ofrece ventajas e indudables a todos los viajeros que se hospedan en él y especialmente a los que viajan por la vía fluvial, hallándose en condiciones de aburrir muchos gastos, tanto por su proximidad al muelle, como por las facilidades con diversas compañías de vapores. Los pasajeros que desean que sus viajes sean cómodos y económicos al p. queso por cuenta de la casa quinto se encargan de las equipajes quitando los estravios y pérdidas con frecuencia en los incipientes.
En mi casa se encargan de girar letras sobre las provincias Vascongadas, y conducir los pasajeros de aquel punto que sus cuidados interesados solicitan de esta.
Ofrece cómodo al ace y buen trato, todo ello a precios sumamente módicos.